

Incluso una de las figuras tiene bien patentes los rasgos faciales del tipo helénico. Es, pues, este cuadro como una Arcadia pastoril refinada en el cuadro rústico de un patio de la Mancha.

* * *

Nos decía hace días Gregorio que lo más acabado, lo más perfecto—dentro de lo perfecto y acabado—de

de toda su obra estaba en sus motivos clásicos griegos. La casi totalidad de esta obra es desconocida. Nosotros hemos podido comprobar cuanto nos afirmó y hemos podido ver, sin querer ofender a nadie, que Gregorio Prieto es la gran figura en vanguardia en nuestra pintura.

El tercer cuadro de este tríptico corresponde, pues, a este grupo. Es uno de estos «cuadros líricos que nos traen el recuerdo de las ruinas arcaicas», como dijera Starkie, el director del Instituto Británico. Las ruinas severas de la Grecia clásica aparecen a la luz titilante del crepúsculo, cara a la noche, en toda su espantosa soledad.

Aquí brilla todo el arte del gran pintor valdepeñero con las más genuinas características clásicas: equilibrio de conjunto, ar-



«Grecia» (Cuadro de Gregorio Prieto).

monía de proporciones, pureza de líneas...

La línea, pues, está siempre viva sin conceder nada a trucos a veces tan corrientes como dejarla indefinida y confusa. ¡Clasicismo clásico! Creo que ustedes lo entienden...

Ahí están, pues, esos fustes cubiertos por el musgo, moliendo siglos como las muelas de nuestros molinos. Ahí están los blancos mármoles de difícil ejecución en las «ruinas arcaicas» de sus figuras mutiladas. Ahí, en fin, la figura central, magnífica en todo, con el paño que cubre su mano derecha, de un dibujo y un plegado difíciles de conseguir.

Esta es, pues, la línea, la ejecutoria pictórica de Gregorio Prieto, nuestra primera figura en el campo de las artes.

